

BARRY KEMP

EL  
ANTIGUO  
EGIPTO

TRES MIL AÑOS  
DE HISTORIA



# EL ANTIGUO EGIPTO

**Tres mil años de historia**

Barry Kemp



**CRÍTICA**  
BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2016

*El Antiguo Egipto*

Barry J. Kemp

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Ancient Egypt*

© Barry Kemp 2015

© de la traducción, Silvia Furió Castellví, 2016

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Edmon de Haro

© Editorial Planeta S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)

[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-16771-26-4

Depósito legal: B. 20.756 - 2016

2016. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

# Índice

Una observación sobre las traducciones . . .	11
Agradecimientos . . . . .	13
1 ¿Por qué estudiar el Antiguo Egipto? . . . . .	15
2 Un reino muy parecido a otros . . . . .	27
3 Una sociedad gobernada por obedientes escribas campesinos . . . . .	43
4 Un Estado basado en instituciones . . . . .	59
5 Pirámides y crecimiento económico . . . . .	71
6 La moralidad y el valor de la vida humana . .	83
7 Seres imaginados, mundos imaginados . . . .	99
8 Encuentros desiguales . . . . .	117
9 Peligros existenciales . . . . .	133
10 Juicios finales . . . . .	147
100 ideas . . . . .	159
Notas . . . . .	181
Índice alfabético . . . . .	191



1

¿Por qué estudiar  
el Antiguo Egipto?

## ► Una sociedad solvente desde cualquier punto de vista

Unos dos mil años nos separan del fin del Antiguo Egipto. Queda lo suficientemente lejos en el pasado como para ser objeto de estudio desapasionado y está lo suficientemente bien documentado como para facilitar una reconstrucción detallada de la historia y el carácter de la sociedad que ocupó el norte del valle del Nilo durante los últimos tres mil años y más. (Una fecha práctica de inicio se sitúa en torno a 3000 a. C.)

La moderna reconstrucción del Antiguo Egipto es consecuencia del resurgimiento en Europa de la investigación nacida en el Renacimiento. Satisface la curiosidad, proporciona entretenimiento y alimenta sueños de tesoros y de maravillas enterradas bajo la arena, pero también ofrece algo mucho más importante: una contribución a los debates sobre lo que constituye una sociedad viable, e incluso próspera; y proporciona una de las primeras ventanas de las que disponemos para asomarnos a la mente humana, un escenario de la historia del conocimiento. A partir de 2400 a. C., aproximadamente, nos aporta archivos escritos en los que los egipcios desvelan sus preocupaciones y su forma de expresión. Sus documentos no nos resultan tan ajenos como

para excluirnos, pero revelan una actitud no influida por las ideas religiosas y filosóficas —la racionalidad griega y el mono-teísmo que empezaron con el judaísmo— que se desarrollaron mucho más tarde en el Mediterráneo oriental y que conforman el modo en que ahora todos vemos el mundo.

La historia y la experiencia actual muestran que las sociedades solventes de tamaño significativo tienden hacia una única forma natural. Esta forma es jerárquica, con un liderazgo dominante que actúa en gran medida a través de instituciones y normas impuestas, se glorifica mediante edificios llamativos, proyectos de ingeniería y arte, y compite con otras sociedades a través del intercambio económico y a menudo mediante guerras o amenazas de guerra. En la historia reciente se ha asistido a una creciente aceptación de la necesidad de evitar las consecuencias destructivas de perseguir con demasiado ímpetu este modelo, y de la necesidad de distribuir la dignidad personal y la riqueza de manera más equitativa. Sin embargo, el propio modelo está tan arraigado que parece sugerir que es el resultado de los procesos evolutivos que propiciaron la emergencia de la especie completamente humana a la que pertenecemos. Se han debatido alternativas desde la época de la Grecia clásica y se ha aportado la idea de la democracia, pero esto solo parece funcionar bien cuando se incorpora a un Estado organizado de acuerdo con criterios más bien tradicionales.

Desde una perspectiva mundial, las sociedades humanas se han desarrollado en cuanto a tamaño y complejidad a ritmos sumamente distintos. También se han revelado desiguales en su capacidad de mantener determinados niveles de desarrollo, lo que a veces desemboca en inestabilidad, conflicto y fragmentación y se disipa con ello la energía requerida para mantener a la sociedad a un determinado nivel; o permite que el liderazgo

adquiera una posición tan dominante que el equilibrio moral que necesitan las sociedades a largo plazo acaba seriamente dañado.

El Antiguo Egipto representa una de las muchas soluciones razonablemente satisfactorias de vida comunitaria de larga duración. Sus tres mil años de una tradición cultural única y reconocible constituyen una historia de extraordinario éxito. La fórmula ganadora se construyó en torno a una visión del Estado asentada en fuerzas externas abstractas y, por lo tanto, completamente imaginadas. Dichas fuerzas se conceptualizaron en dioses que depositaban en los gobernantes la responsabilidad de la justicia y el bienestar del pueblo de Egipto, y eran, por consiguiente, garantes de la jerarquía y legitimidad. Un aspecto de esta legitimidad era perseguir la gloria mundana, pero de una manera en la que los súbditos leales pudieran participar. Los valores e instituciones del Antiguo Egipto permitieron superar los riesgos potenciales de fragmentación interna y de cambio ambiental y político (provocados de forma evidente por las invasiones extranjeras en siglos posteriores). Esto merece tanta admiración como los destacados monumentos de Egipto. El equilibrio y la estabilidad alcanzados al asumir las nuevas formas mientras se mantenían las tradiciones sociales, culturales y políticas es un tema importante.

Declarar que el Antiguo Egipto fue un Estado solvente es utilizar un término que ha adquirido un significado muy concreto. El mundo moderno muestra gran interés por los Estados y no solo por razones académicas. El modo en que funcionan puede juzgarse en una escala de éxito versus fracaso, siendo los fracasos las amenazas para los intereses de los Estados que se consideran solventes. El Índice de Estados Frágiles (antes Índice de Estados Fallidos) trata cada año de aportar objetividad al ejercicio





▲ Figura 1. El caos del mundo circundante representado por la matanza en los campos de batalla enemigos. Guerreros de Siria-Palestina caen bajo las ruedas del carro del faraón (en la parte superior de la escena aparece el borde de una de ellas). Relieve de arenisca pintado procedente de un templo probablemente de mediados de la Dinastía XVIII, encontrado reutilizado en los cimientos de un templo de Ramsés IV en Tebas Oeste (Metropolitan Museum of Art, Nueva York).

de juzgar (el índice sirve implícitamente para identificar también «Estados solventes»). El concepto de «Estado fallido» se ha convertido en un lugar común en el lenguaje de los políticos y comentaristas políticos, y se aplica especialmente a la amplia zona de Oriente Medio y África, la zona misma en la que Egipto ocupa un puesto central.

Este enfoque debería fundamentarse en cierta comprensión de lo que es normal, de cuál debería ser el punto de referencia de la comparación. ¿Es razonable considerar que dicha referencia está totalmente ejemplificada por los Estados modernos de Occidente, a pesar de que los de Europa y regiones del este sufri-

ron catastróficos fracasos a consecuencia de gobiernos totalitarios (justificados en su momento por filosofías explícitas) y guerras en el siglo xx? El estudio del Estado requiere que se bucee en la profundidad de la historia para proporcionar una respuesta no solo a la pregunta de «¿Qué es normal?», sino también a la cuestión relacionada de «¿Cuál es la fórmula ganadora?», si es que existe en realidad alguna fórmula ganadora. ¿Hay límites a los logros que puede alcanzar el progreso, no tanto en los aspectos técnicos como en la modificación del equilibrio entre el Estado y las esferas privadas y en el lugar que ocupan las instituciones en la sociedad?

Uno de los objetivos de este libro es señalar las características que hicieron del Antiguo Egipto un Estado y sociedad solventes, resistentes y capaces de absorber los cambios durante un período insólitamente largo. Al final, en el capítulo 10, se desplegará el Índice de Estados Frágiles y se apuntará hacia el Antiguo Egipto.

## ► Una primera ventana abierta a la mente

La diferencia de perspectiva entre nosotros y la clase de mundo al que pertenecía el Antiguo Egipto se basa en la palabra «religión». ¿Es adecuado utilizar este término para el Antiguo Egipto? La clarificación del pensamiento que se desarrolló en la Grecia clásica permitió identificar la religión como un fenómeno separado y al parecer estimuló la conciencia de lo correcto y lo incorrecto de la creencia, y con ello la fidelidad a una religión y la hostilidad hacia otras. Para los egipcios, lo que nosotros consideramos su «religión» impregnaba todos los aspectos de la

existencia de tal manera que suscita dudas sobre si este es el término apropiado.

Cuando conversamos sabemos a lo que nos referimos cuando usamos la palabra «religión»; probablemente (para un anglohablante) no se aleje de la definición que da el diccionario de Samuel Johnson, publicado en 1755: «1. Virtud basada en la veneración a Dios y en la esperanza de futuras recompensas y castigos. 2. Un sistema de fe y devoción divinas opuesto a otros».<sup>1</sup>

Sin embargo, cuando utilizamos esta palabra para sociedades alejadas de la nuestra, no es tan fácil estar seguros de su significado. De hecho, ni siquiera en territorio conocido resulta fácil hoy en día. Mi *Chambers Concise Dictionary*, en su intento por encontrar, como hacen los diccionarios, una definición que refleje el amplio alcance de su uso en el inglés actual, concluye: «creencia en, reconocimiento de, o un agudo sentido de, un poder o poderes superiores invisibles y controladores con la emoción y moralidad que implican; ritos o veneración; cualquier sistema de semejante creencia o veneración; fidelidad devota; vida monástica».<sup>2</sup> Nótese que las palabras «dios», «sobrenatural» y «espiritual» no aparecen. La «fidelidad devota» cubre presumiblemente el fútbol, la moda y otras actividades que atraen un apasionado entusiasmo y que se califican de «religión». La primera parte de la definición podría incluir, por sí sola, la astrología, una creencia en la suerte, el destino o alguno de los ejemplos más extremos de la teoría de la conspiración. La proposición calificativa «con la emoción y moralidad que implican» trata de excluir estas posibilidades, pero con ello empieza a sacar a Egipto del círculo. Amplias partes de lo que normalmente se incluye bajo el rótulo «religión del Antiguo Egipto» estaban desprovistas de ambas.

Un paso adelante, que nos sitúa en un sendero que conduce hacia el Antiguo Egipto, lo da la filosofía de Epicuro (341-270 a. C.), especialmente tal como la transmite su posterior discípulo romano, Lucrecio. La filosofía epicúrea reconocía que los dioses existían. Pero existían como seres tan remotos que no tenían ningún interés en los humanos y estos no podían alcanzarlos. Así pues, la religión (Lucrecio, que escribe en latín, utiliza la palabra «religio») no tenía el más mínimo sentido y en realidad era una forma de degradación humana. No podemos calificar a los epicúreos de ateos ni de agnósticos, pero tampoco eran religiosos porque despreciaban la religión (aunque Lucrecio empieza su disertación *De la naturaleza de las cosas* con un apasionado himno a la diosa Venus).<sup>3</sup>

La razón por la que se cita a los epicúreos es porque enturbian todavía más las aguas de la definición. Estos apuntan también a una distinción entre creencia, que suscita determinados tipos de conducta (devoción en un extremo del espectro y asesinato en el otro) que se encuentran en el corazón de la religión y de otras ideas (seculares) que se convierten en obsesiones; y un tipo de conocimiento que puede debatirse en busca de la verdad y que no es absoluto. En un universo que puede entenderse mediante la razón, los dioses podían, en aquella época, ocupar su lugar simplemente como una forma de fenómeno natural, un área de conocimiento, sin exigencias.

Más cerca ya del Antiguo Egipto, el autor Luciano, que escribió (en griego) en el siglo II d. C., imagina un diálogo entre una persona llamada Momo y el dios Zeus acerca del aspecto animal de muchos dioses egipcios:

*Momo: «Pero tú, cara de perro, egipcio vestido de lino, ¿quién crees que eres, buen hombre, o cómo pretendes*

*ser un dios con tus ladridos? ¿Y cómo es que este extravagante toro pintado de Menfis recibe tributo, da oráculos y tiene profetas? Me da vergüenza hablar de los ibis, los monos, los carneros y otras criaturas mucho más ridículas que se nos han colado quién sabe cómo en el cielo procedentes de Egipto. ¿Cómo podéis aguantar, dioses, el ver que se les rinde culto tanto o más que a vosotros? Y tú, Zeus, ¿cómo puedes soportar que te pongan cuernos de carnero?»*

*Zeus: «Todo lo que estás diciendo de los egipcios es verdaderamente asombroso. Sin embargo, Momo, la mayor parte de esas cosas son simbólicas y no es correcto que el que no está iniciado se burle de ellas.»<sup>4</sup>*

Esta es la respuesta habitual de los apologistas de los ornamentos externos de la religión: puede parecer extraño, pero es un símbolo de algo profundo que solo los verdaderos creyentes pueden apreciar.

Epicuro, Lucrecio y Luciano tienen la misma actitud, al mismo tiempo moderna y conocida, y ajena a la mentalidad que tenían los egipcios: la visión del foráneo del conocimiento y la cultura, informado, escéptico hasta el recelo y necesitado de una explicación racional. Están en nuestro lado de la línea divisoria fundamental de la historia del pensamiento. Los egipcios representan el otro lado (aunque con una frontera indefinida).

La mente humana ha evolucionado con sed de conocimiento. El conocimiento es la última adicción. Lo que no podemos hallar en el mundo directamente observable, lo inventamos. Los curiosos egipcios observaban el mundo visible que les rodeaba, aunque con un interés aparentemente pasivo que no buscaba modelos que invocasen fuerzas «naturales» impersonales abiertas a ex-

plicaciones racionales. No obstante, percibían al mismo tiempo que había algo más en la existencia que lo que veía el ojo. Su respuesta era un conocimiento extravagante, inventado, un mundo de «dioses». Parece que se acercaron a él con un espíritu de indagación relativamente neutral. Los dioses existían como unidades de conocimiento evidentes por sí mismas; eran fenómenos naturales, pero no parte de un cuadro más amplio sobre el que debatir. Cuando se pusieron por escrito ideas alternativas sobre los dioses, en lugar de argumentación o debate se interpuso una forma de cortesía que permitió aceptar dichas alternativas como si tuvieran igual validez. No obstante, este sentido de cortesía o decoro no impidió que los egipcios, en otros contextos, adjudicasen a los dioses naturalezas débiles y beligerantes y flaquezas cómicas. El respeto no era obligatorio y en esto encontramos algo de la indefinición antes mencionada. Los egipcios discutían entre ellos acerca de asuntos personales y humanos (e imaginaban que los dioses hacían lo mismo) pero, al parecer, no sobre el conocimiento abstracto.

Al mismo tiempo, los dioses podían inspirar otra característica humana permanente: la reverencia y la gratitud frente a la autoridad. Estaba institucionalizada en santuarios y templos (y en palacios), pero también provocaba espontáneas expresiones de devoción. Pero en esto otra frontera se revela ilusoria. Fuera lo que fuese lo que hacía especiales a los dioses imaginarios también lo tenían los humanos que inspiraban respeto, especialmente los reyes, los altos funcionarios y los dirigentes patriarcales de la sociedad local. También ellos tenían sus santuarios destinados a recibir la misma clase de deferencia que se mostraba a los dioses en los templos.

He llegado a la conclusión de que aplicar el término «religión» al Antiguo Egipto es engañoso, puesto que impone un conjunto

de categorías, y por lo tanto un conjunto de fronteras, relativas al pensamiento y al comportamiento a una sociedad que en realidad no pensaba ni actuaba conforme a ellas. Había conocimiento (en gran parte inventado pero que satisfacía la necesidad de saber) y había deferencia frente al poder y la autoridad. Ambas cosas podían unirse a través del ritual y la magia, que apuntaban la posibilidad de manipular el propio entorno por medios no materiales. Conocimiento y deferencia son los temas que importan cuando uno ha terminado de diseccionar las instituciones que mantenían unido a Egipto. Podemos debatirlas ampliamente sin recurrir al concepto de religión. La religión es religión para aquellos que creen en una determinada forma de la misma. Para los que no, la religión debería ser considerada como cultura, un complejo conjunto de manifestaciones de la imaginación. No hay ninguna necesidad de tener una amplia categoría de conocimiento multicultural llamado «religión».

Como experimento, podemos borrar la religión en determinados ámbitos del discurso. Por consiguiente, la palabra «religión» solo volverá a aparecer en este libro en los pocos lugares en los que se aplique a sociedades más recientes, con significado claro solo en referencia al judaísmo, el cristianismo y el islam. Esto nos devuelve al uso familiar y coloquial de la palabra.